

ETNOGRAFÍA DE UN SILENCIO

.

Francisco Sánchez Pérez

Para Sahel

*Uno puede sentarse sobre una duna de arena.
No ve nada. No escucha nada.
Y, sin embargo, siempre hay algo que brilla en el
silencio.*

Antoine de Saint-Exupéry

“Ya está”, musita al tiempo que pulsa la tecla *enter*, dando así por cerrada el acta de la convocatoria del examen de septiembre en la intranet de la universidad. Se queda con los dedos suspendidos sobre el teclado, la mirada perdida en la pantalla, desconcertado por la súbita impresión de vacío que le han provocado las dos palabras con las que, de modo tan inesperado, se le ha hecho real lo que hasta este preciso instante tan solo era una lejana abstracción: el final definitivo de su vida profesional. Cuarenta y dos años dedicados a la Antropología, finiquitados con un escueto y desconcertante ‘Ya está’, apropiado para dar por terminado un artículo, un soporífero o tenso consejo de departamento, un seminario, la transcripción de una entrevista grabada y hasta una estancia de trabajo de campo, mas no para sellar, con el simple toque de una tecla, el último acto oficial con el que acaba de clausurar para siempre su profesión de antropólogo.

“Para siempre”, musita, como queriendo captar el nuevo significado de la expresión. “A las doce y un segundo de esta noche del 31 de septiembre mi identidad habrá quedado amputada del atributo antropólogo, ahora veo que ilusamente vivido como un rasgo indeleble de mi yo social y psicológico. A partir de mañana, toda alusión a mi vinculación con la Antropología acusará su verdadera naturaleza, contingente, efímera, por mucho que haya significado y perdurado en mi biografía, y deberá ser conjugada en pretérito para no caer en flagrante falsedad. Cualquier atisbo de persistencia de ese órgano en mi identidad no será sino efecto del Síndrome de Miembro Fantasma, la anomalía neurológica que sufre quien ha perdido un brazo o una pierna y, aun así, su sistema sensorial sigue registrando estímulos del órgano faltante. Pero cada vez que eso ocurra, tendré que pensar en el Trastorno de Identidad Corporal, que lleva a quien lo padece a sentir la necesidad de amputarse un miembro de su cuerpo que le sobra. Sólo de este modo podré justificar que, sin nada ni nadie que me obligara a hacerlo, haya adelantado el paso a la jubilación, persuadido por la idea de que el órgano de la profesión me estorbaba.”

Durante la última semana, ha ido borrando archivos, luego de que su inconsciente lo llevara a dudar con cada uno de ellos si lo guardaba, como buscando un hilo de continuidad, que de inmediato su consciente ignoraba dando orden de eliminar. Desalojados ya los cajones y vaciado el correo electrónico, se pone con el archivo de la

correspondencia en papel. Con un rápido ojeo, va revisando, rompiendo y tirando a la papelera viejas cartas de colegas, invitaciones de universidades, participación en tribunales, comunicaciones de revistas, de organismos oficiales. Se detiene en una. Tiene el sello del Ministerio de Universidades y está fechada en el mes de marzo pasado. Se queda mirando el sobre, sin intención de sacar el contenido. No hace falta. Fue la respuesta a la solicitud de financiación para continuar su trabajo de campo durante este verano en la región de El Adrar, en el Sahara mauritano. Denegada. En el argumentario de justificación, el escrito cuestionaba, a la vista del currículum vitae del autor, la financiación de una sexta estancia de trabajo de campo, dado el exiguo resultado que habían arrojado las cinco anteriores, de dos o tres meses cada vez: dos artículos más bien teóricos y propositivos y dos de carácter meramente etnográfico durante los tres primeros años. Desde entonces, nada más. A parágrafo seguido, el informe concluía con dos requisitos previos para poder solicitar una futura financiación y que a él le sonaron a advertencia: “Deberá, por tanto, publicar resultados concluyentes y constituir un equipo de investigación para insertarlo en redes nacionales y, a ser posible, internacionales.”

“¡Desde cuándo es imprescindible un equipo para hacer trabajo de campo etnográfico!”, rememora el golpe de indignación que le provocó la lectura del dictamen del ministerio y cómo, acto seguido, se puso a pergeñar

argumentos con los que rebatiría tan endeble justificación en un artículo que de inmediato mandaría a la Revista de Antropología. Después de todo, -continuó con el argumentario mientras encendía el ordenador-, la etnografía que se había hecho desde los tiempos pioneros de Malinowski, en la que él había desarrollado su vocación, la ejercida por una mayoría de antropólogos y por él mismo desde que se inició en la investigación, comportaba pasar un tiempo largo en solitario entre las gentes que constituían el objeto de estudio. La distancia, el aislamiento, la inmersión, el choque y la alteridad cultural, eran para él condiciones ineludibles del quehacer etnográfico; las penurias que conllevaba, su derivación, y su épica. Ni en los peores momentos de soledad en sus trabajos de campo se le había pasado por la cabeza, jamás, plantearse un proyecto de investigación que conllevara hacerlo en grupo. Simplemente, no entraba en su imaginario profesional. Además, ¿qué ventajas aportaba el trabajo en grupo sobre la investigación en solitario, mayor amplitud y diversidad de miradas? Posiblemente, pero a costa de la menor implicación sensorial, emocional y empática que suponía aparecer un día en una comunidad extraña, desplegar las habilidades sociales necesarias para ser aceptado y experimentar así en carne, emoción y pensamiento propios, la íntima participación en la vida de la gente, en sus modos de pensar y actuar, sin intermediaciones, sin desviaciones ni distracciones, con la sola interferencia ajena a la cultura estudiada que la de su inevitable presencia.

Cierto que el trabajo de campo podía llegar a tener consecuencias incómodas e incluso duras, como algunas que él había vivido, y también que una investigación en solitario corría más riesgos de sesgo subjetivo y posibilidades de falseamiento; pero para eso estaba la deontología profesional y, en ulterior instancia, el colectivo académico: para contrastar, criticar, comprobar y refutar o validar. “¡Ese es el equipo!”, fue el colofón con el que puso fin al artículo que, una vez añadida la bibliografía y sin perder un segundo ni tampoco un ápice de la indignación, mandó a la revista.

Frustrado su plan de regresar al desierto por falta de financiación y marchamo institucional, convencido de que volverían a denegársela en el futuro si no consideraba unas condiciones que no estaba dispuesto a acatar a esas alturas de su trayectoria académica, de inmediato surgió la pregunta: si no iba a poder llevar a cabo trabajos de campo del modo que él siempre había hecho, si ya no volvería cada final del verano con nuevas experiencias etnográficas con las que ilustraba sus clases durante el curso, ¿qué le quedaba por hacer en la universidad, perorar año tras año como un loro sobre la tarima, para aburrir a los alumnos con discursos teóricos y etnografías de otros que ya tenían a su disposición en la biblioteca o en internet?

- Se puede hacer una excelente etnografía sin necesidad de hacer trabajo de campo en solitario – le objetó la directora del departamento, María Cátedra, cuando oyó los motivos aducidos para la denegación de su solicitud. - Debes tener un

montón de material etnográfico, después de todos estos años. Dispones de todo el verano para escribir un par de artículos y mandarlos a publicar y justificar una siguiente estancia en Mauritania. Así que, tal y como te lo han puesto, solo te quedan dos opciones: o publicar o renunciar a la investigación.

- O adelantar la jubilación.

- Bueno – dijo la directora, sorprendida- no deja de ser una renuncia a seguir con los trabajos de campo en el Sahara. Si de verdad quieres volver, tendrás que publicar.

Con las clases ya concluidas, los exámenes corregidos y las actas entregadas, la facultad prácticamente vacía a mediados de junio, llegaba a su despacho a primera hora de la mañana y se ponía a trabajar en las transcripciones de las entrevistas grabadas y las notas de los cuadernos de campo recogidas durante sus primeras estancias. Al mediodía, se iba al comedor de otra facultad, para despejarse en el corto paseo y evitar la desconcentración que le habría supuesto comer con sus compañeros. Regresaba y volvía a ponerse con la tarea hasta la tardía puesta del sol.

Tras una semana de elaboración de los materiales de campo, se dispuso a escribir un lunes por la mañana para el viernes siguiente desistir desesperado, después de haber ensayado un sinfín de propuestas que acababa descartando por no considerar ninguna de ellas con suficiente interés para convertirla en un artículo publicable. Ciertamente, el exiguo

material etnográfico con el que contaba se lo ponía difícil; pero en esos días descubrió también que le faltaba el ánimo suficiente para escribir ni publicar nada. Lo atribuyó al natural desgaste profesional, a los cada vez más frecuentes *déjà vu*, al publicar con el solo propósito de sumar y cumplir con unos requisitos administrativos que habían dejado de importarle, a la cansina reiteración de esquemas teóricos y tics retóricos, a un estado de apatía académica que, sin embargo, no se correspondía con el entusiasmo con el que cada final de curso tomaba el vuelo a Las Palmas y, entre el barullo de gentío y bultos en la sala de espera del aeropuerto, subía a otro avión que una hora y media después aterrizaba en la pista de arena del aeródromo de Nuadibú, la ciudad portuaria de la costa norte de Mauritania, situada a una cincuentena de kilómetros al sur del Sahara Occidental. Allí lo esperaba su amigo Sid Hamet, quien hacía de intérprete de la lengua hassanía, para llevarlo a su casa por polvorientas callejas de arena en medio de un calor sofocante. Se quedaba unos días visitando a más amigos y conocidos, dejándose llevar por el lento y cálido fluir de la cotidianidad, hasta que, ahíto de visitas protocolarias de bienvenida, tés y cuscús de pescado, un atardecer, a una hora indeterminada, se subía al tren más largo del mundo, compuesto de tres kilómetros de vagonetas de carga vacías en las que se encajaban como podían viajeros y bultos, y un solo y destartado vagón de pasajeros que ocupaban unos pocos privilegiados, como él, junto con un miríada de moscas que circulaban a sus anchas

por las desvencijadas ventanillas. El convoy emprendía la renqueante y pesada marcha para adentrarse en el desierto y ya de noche recorrer la frontera con el Sahara Occidental, bajo el cielo estrellado y la esporádica visión de algún que otro fuego de campamento de pastores o, según comentarios susurrados, del Frente Polisario. Hacia las tres de la madrugada, el tren se detenía en un punto cercano al pueblo de Choum, donde dejaba a la mayoría de los viajeros, antes de continuar su ruta hacia el norte, hasta las minas de hierro de Suherat.

Nada más bajar del tren, cada cual se disponía como podía para dormir junto a los fuegos de campamento, hasta que, con las primeras luces del alba, el balido de las cabras y el ronquido de los dromedarios los despertaban. Ya había varios camiones a la espera de que los viajeros terminaran sus oraciones y sus tres tandas de té (el primero, amargo como la vida, el segundo, dulce como el amor, el tercero, suave como la muerte) para, una vez instalados en el cajón entre bultos y sacos, emprender la marcha desierto a través y llegar hacia el mediodía, bajo un sol de injusticia, a la ciudad de adobe de Atar. En ella tenía él su campamento base y una tupida red de conocidos y amigos, y desde allí se desplazaba a los oasis y a los campamentos itinerantes de pastores de cabras y dromedarios, los hombres azules del desierto.

¿Qué se iba a buscar a esos lugares a la menor oportunidad que le dejaban sus obligaciones docentes y que tanto le frustraba no haber podido cumplir este verano? –

empezó a preguntarse en los días que siguieron al frustrado intento de escritura. - ¿Qué lo impulsaba a querer seguir desplazándose a un remoto lugar, cercana su jubilación? Si no era el interés por ampliar y profundizar sus conocimientos sobre este o aquel asunto sociocultural, como acusaba la parca producción de materiales de campo, ¿a qué iba allí? Si a esas alturas de su carrera daba por cumplidas sus poco ambiciosas expectativas académicas, si un peldaño más en el escalafón, un libro o unos cuantos artículos añadidos a su contabilidad curricular no le suponían ya objetivos necesarios ni ilusionados, ¿por qué se sentía tan profundamente decepcionado, tan frustrado por no haber llevado a cabo la estancia del trabajo de campo proyectada para este verano? Preguntas y más preguntas que nunca se había hecho con la exigencia de ahora y continuó haciéndose durante los siguientes días, enclaustrado en el despacho desde primera hora de la mañana hasta la caída de la tarde, reflexionando, rememorando, revisando su trayectoria profesional, en busca de respuestas.

Uno de esos días se le ocurrió que, tal vez, podía encontrar alguna explicación en los materiales etnográficos de las dos anteriores investigaciones, la primera en Sierra Gibrálgala, en la Serranía de Ronda, y la segunda en las montañas del Rif marroquí. Puso a un lado los cuadernos y los diarios de campo del Sahara y sobre ellos el *pendrive* donde guardaba las transcripciones de las siete entrevistas que había realizado. Acto seguido, sacó del armario los

cuadernos y las casetes de la etapa del Rif y los colocó junto al lote del Sahara. Finalmente, procedió con los materiales de la Sierra Gibralgalia y los adjuntó al lote anterior. Dio vuelta a la mesa, se sentó y, a la vista de los tres lotes, no pudo menos que reconocer el palmario declive de trabajo etnográfico que se había producido a lo largo de su trayectoria investigadora, una vez descontado el mayor volumen de las viejas casetes del primer lote en relación con el moderno pendrive del último.

Revisando los diarios del primer trabajo de campo que llevó a cabo en Sierra Gibralgalia, nada más acabar la carrera, rememoró sus excitantes y ajetreados días de etnógrafo neófito, la mochila cargada con la cámara de fotos, carretes, el magnetofón, pilas, casetes, un cuaderno y bolígrafos, recorriendo las polvorientos veredas de la sierra para encontrarse con algún lugareño en su finquilla, entrevistar a una mujer mientras preparaba la comida en la cocineta del sombrajo, grabar a un grupo de jóvenes, anotar observaciones, hacer fotos de una fiesta y registrar en su memoria el más mínimo detalle de interés para su investigación. Al final de cada intensa jornada, regresaba a su cortijillo, transcribía las entrevistas grabadas, ordenaba sus notas y, tras cenar cualquier cosa, sacaba una silla de anea a la puerta y se relajaba a la luz de la luna y las estrellas, fumando su pipa, acompañado por el canto de los grillos o escuchando música en el magnetofón.

No recordaba que se produjera mucho cambio de actividades cotidianas en sus estancias en las aldeas bereberes del Rif, aunque ahora en su memoria se veía afrontando las tareas de campo menos agobiado que en sus inicios y reservando para él el margen de tiempo que le brindaba su mayor experiencia como etnógrafo, a veces subiendo hasta Ketama a pasar las tardes de los viernes o bajando algún que otro fin de semana a Chauen o a la ciudad de Fez; pero sobre todo, paseando en soledad por los bosques de cedros, a ratos en silencio, a ratos escuchando música árabe grabada en un mp3. Nunca había llamado su atención ese género musical, más allá de que fuera objeto de registro etnográfico con ocasión de alguna fiesta local. Hasta un día en que bajó a Tánger para pasar el fin de semana con un antiguo compañero de estudios en París. Una tarde, lo invitó a que lo acompañara a la casa del escritor Paul Bowles, buen conocedor de la música marroquí, donde se iba a celebrar una sesión con intérpretes locales. Allí, iniciado por las explicaciones del propio Bowles, empezó a apreciar los entresijos y la belleza del sonido producido por instrumentos autóctonos. Y ya no dejó de asistir a cuanta manifestación de música tuviera a su alcance, fuera en las fiestas de los pueblos de la montaña o, de tanto en tanto, en conciertos más sofisticados en Tánger, en Meknes o en Fez. Desde entonces, solo admitía romper sus cada vez más frecuentes y largos retiros de silencio con la audición de música árabe. Con todo y con eso, no tenía consciencia de que en esa etapa hubiera

empezado a bajar la guardia en los quehaceres del trabajo de campo. A la vista del lote de material etnográfico que produjo en el Rif, en comparación con el del estudio de la Sierra Gibralgalia, era evidente que sí.

Sobraba cotejar la exigua producción de materiales de la etapa del Sahara para evidenciar el cambio que se había producido en su relación con la etapa anterior y, sobre todo, con la primera. Ahora que reparaba en ello, lo que más añoraba durante el curso y le tiraba a la hora de salir pitando cada verano de trabajo de campo no era tanto la experimentación etnográfica de este o aquel aspecto de la cultura nómada, como la experiencia misma de la vida en el desierto.

A cada regreso en septiembre a los quehaceres académicos del curso, se decía que el verano siguiente pondría mayor empeño en hacer entrevistas y registrar observaciones, para escribir siquiera un par de artículos o tres que le sirvieran para justificar la continuidad de su trabajo. Pero apenas ponía pie en el aeropuerto de Nuadibú el verano siguiente y veía a su amigo Sid Hamed saludándolo al pie de la pista de arena, con su chilaba blanca y el turbante azul añil, acompañado por algunos de sus seis hijos, profanaba el motivo oficial de su viaje con el reencuentro amigable y afectivo con sus gentes. Para sí tenía su mala conciencia que no podía seguir mucho tiempo instalado en la indisciplina, a riesgo de que ocurriera lo que finalmente acabó ocurriendo, obligándolo a renunciar a la investigación en el

Sahara y tener que proseguir los años que le restaban de vida académica entarimado en las aulas. Pero ni la primera opción sabía cómo resolver ni la segunda estaba dispuesto a padecer.

En ese dilema estaba cuando le llegó un correo electrónico de la Revista de Antropología con el informe de lectura del artículo que había enviado en el mes de abril. Lo abrió. Tras el “Vaya por delante” con que daba comienzo el escrito, seguido de algunas ponderaciones sobre el planteamiento del tema y la pertinente aunque “desactualizada bibliografía”, se apreciaba un cambio de tono a partir del “Sin embargo” con que arrancaba un nuevo párrafo en el que, con retórica positivista, sin resquicio para los matices y un tono algo desabrido, el evaluador sentaba su cátedra sobre una Antropología que concebía la etnografía como mera elucubración subsidiaria de la teoría, frontalmente opuesta a la posición que él defendía en su artículo: la de una Antropología que concebía la teoría derivada de la práctica etnográfica y no a la inversa.

Para acabar con el panegírico disciplinar, tras un nuevo punto y aparte, el evaluador pasaba a tildar de “trasnochada” y “deudora de una concepción colonialista” la reivindicación del trabajo de campo sobre el terreno que él postulaba: en solitario y en contexto extraño a la cultura del investigador. A renglón seguido, el evaluador cuestionaba uno de sus planteamientos no con una réplica fundamentada, un “estoy en desacuerdo” o un “me parece erróneo”, sino con un inaudito y expeditivo: “*So What*”, así, sin interrogante y en

inglés, a pesar de estar escribiendo en español. Un ‘Y qué’, entre sobrado y retador, cuya lectura le provocó un repentino retraimiento de cabeza y lo dejó petrificado, con los ojos abiertos de par en par y el entendimiento noqueado.

- ¡Manda cojones! -exclamó de viva voz, una vez hubo reaccionado.

No le había chocado demasiado el tono del texto, aunque impropio de los *habitus* universitarios; tampoco le había sorprendido demasiado que el evaluador destilara tanta contundencia positivista, condimentada, eso sí, con profusas referencias y citas envueltas en convencional celofán teórico; ni siquiera que enarbolase de un modo tan fundamentalista, rígido y excluyente, una materia de conocimiento como la Antropología, tan presta a conceder generosas dosis de relativismo a todo orden sociocultural que se ponga en su punto de mira disciplinar y, sin embargo, tan cicatera con el de su parroquia académica. A esas alturas de su larga trayectoria, él ya estaba habituado al empeño de colegas en confundir empeñoso estado de opinión con proposición irrefutable, aquiescencia de facción con validación científica, asertividad en el discurso con rigor teórico, postureo retórico y profusión de citas con excelencia dialéctica y posición administrativa en el escalafón con derecho de veracidad. Pero en ningún momento de su larga trayectoria practicando la crítica, la discusión, el debate, había escuchado ni leído que nadie echara mano de un ‘Y qué’ para replicar una propuesta teórica o metodológica, por menor que esta fuera, como de

hecho lo era el punto cuestionado, y por mucho que, al parecer del evaluador guardián de las esencias disciplinarias, el autor de la misma pretendiera dinamitar los ortodoxos cimientos de 'su' Antropología con un artículo molotov.

Cabreado por el demoledor informe, pero sobre todo por un tono impertinente que no venía al cuento, solo entendible en quien se sabe incapaz de realizar el trabajo de campo en solitario y en contexto cultural extraño al suyo y se dedica a escribir artículos y libros llenos de artificiosos lugares comunes de ralo vuelo teórico, ornamentados con materiales etnográficos rapiñados a colegas comprometidos con la experiencia y la experimentación empírica de una Antropología entendida, esta sí, como una ciencia natural e histórica de la cultura.

Sin salir de la indignación, de inmediato se puso con la réplica al informe de lectura. Pero, por más vueltas que le daba a este o aquel argumento, por más que se empeñaba en hilar una idea con otra para armar un razonamiento, el 'Y qué' se le acababa imponiendo como una camisa de fuerza que le impedía cualquier movimiento que no lo obligara a romper las costuras demarcatorias de la Antropología, para así responder desde el plano metafísico que la categórica expresión demandaba. Como si al final de la impartición de una asignatura introductoria, el profesor concluyera diciendo a sus alumnos: "Bien, esto es lo que propone la Antropología" y ellos, levantando la mirada del móvil, contestaran con un lacónico: "Vale profe, y qué". Como si al terminar un

doctorando la defensa de su tesis doctoral, el presidente del tribunal, tras saludar a los endomingados familiares de su miembro aspirante al título de doctor, luego felicitar al colega director, hoy por ti mañana por mí, y dar la enhorabuena al doctorando por el esfuerzo realizado, prosiguiera con las ceremoniales dosis de cal y arena, recapitulara luego las líneas principales de la tesis defendida y, tras pasear su mirada a derecha y a izquierda del tribunal, luego desplazarla al público con una amable sonrisa y finalmente apuntarla fijamente a los expectantes ojos del doctorando, le asestara en el seso con un despiadado “Y qué”, provocador de desconcierto de familiares y compañeros asistentes, mosqueo del director de la tesis traicionado, ya nos veremos en la próxima tuya, derrumbe moral del doctorando y despiste de vocales y secretario del tribunal, por no saber qué calificación correspondería a semejante veredicto. O como si en una de las clases magistrales que Lévi-Strauss impartía en el aula magna del Collège de France, alguno de los migrantes subsaharianos que aprovechaban la entrada libre para refugiarse del frío invierno parisino junto a la calefacción, una vez acabada la disertación del insigne maestro, un poner, sobre la lógica de las clasificaciones totémicas, el intruso emergiera de su somnolencia y soltara de viva voz: “*Très bien, Monsieur, et alors?*”, colocando al tótem de la Antropología en la tesitura de tener que descender desde su simbólico estrado y argumentarle al profanador del templo del altísimo conocer que la lección impartida respondía a unos principios teóricos

que había que asumir previamente para ser entendida. Argumento que el intruso, a su vez, bien podría contestar de nuevo con un: “*Et alors?*”, para volver a descansar la mejilla en su mano y regresar a su cálido sopor, dejando a su antropológica eminencia metida en un dilema epistemológico de compleja resolución, pues si determinaba su réplica desde la Antropología indeterminaba el alcance metafísico exigido por el “*Et alors?*” del africano impertinente, y viceversa, si determinaba la respuesta desde el plano metafísico, indeterminaba el plano antropológico interpelado por el texto y el contexto de la conferencia. Un problema semejante al de la mecánica cuántica que Heisenberg formuló con su Principio de Incertidumbre de la Física, según el cual no puede determinarse al mismo tiempo la posición y el movimiento de un objeto dado, que colocaría a Lévi-Strauss ante una suerte de principio de incertidumbre epistemológica, cuya solución pasaría por las siguientes tesituras: una, permanecer disciplinariamente en el plano antropológico y no dar cumplida respuesta al alcance metafísico demandado por el subsahariano subversivo, poniéndolo así en su ontológico sitio de mero objeto informante, pero ni hablar de sujeto opinante en competencias antropológicas; dos, quebrantar las líneas de demarcación de la Antropología para responder al migrante intruso desde un plano metafísico, a costa de contrariar las expectativas de los asistentes a la conferencia, los iniciados y los típicos snobs parisinos frequentadores de todo acto protagonizado por alguna de las vacas sagradas del

panteón francés, *oh, là, là*, y sacarlo a colación en la *soirée* del fin de semana; tres, solicitar la presencia de un bedel y pedirle, *s'il vous plait*, que procediera a devolver en caliente al refugiado al otro lado de la frontera del aula magna y, una vez expulsado, volviera a cerrar la aduana que separa el conocimiento verdadero, la episteme, del conocimiento erróneo, la doxa, dejando clausurado, *comme il faut*, el círculo hermenéutico que el objeto insumiso de la Antropología se empecinaba en desbaratar; cuatro, abandonar el maestro mismo el aula, sumido en etnológica indignación, y subir a la secretaría del Laboratoire d'Anthropologie para iniciar los trámites de su jubilación, a riesgo de volver a escuchar desde la escalera la voz del africano gritándole: "*Très bien, Monsieur le pantalon, et alors?!*"

Así, imaginando situaciones inverosímiles en las que se pudiera recurrir a un 'Y qué' como forma de réplica, se le empezó a escapar una risilla floja, "je, je, je", que mantuvo mientras seleccionaba con el ratón la parte del informe donde el inquisidor de su artículo había cincelado su decálogo disciplinar y pulsó copiar; bajó el cursor hasta el punto y final y pulsó pegar; tocó repetidamente *enter*, "je, je, je", para abrir un espacio en blanco; llevó el cursor al recuadro de centrar y escribió: "¡Y QUÉ!". Acto seguido, alzó la mano derecha a la altura de sus ojos, bajó ligeramente el dedo corazón y, sin perder la risilla, descendió el brazo con la solemnidad con la que un pianista procede a tocar el último acorde de la partitura interpretada. Y en el preciso acto en que su dedo

pulsaba la tecla para el envío, el gesto de su cara cambió de súbito. Supo que el “Y QUÉ” recién enviado sobrepasaba con mucho una discrepancia metodológica con un colega guardián de las esencias, para convertirse en todo un desafío de dimensiones ontológicas a la propia Antropología. En ese momento irrumpió en su pensamiento Tomás de Aquino, quien al final de sus días y con su monumental obra casi concluida, tras sufrir una visión mística, afirmó que todo cuanto había escrito con anterioridad era pura paja. Lo que a él le acababa de suceder no pasaba de un remezón epistemológico que lo había sacado del territorio de demarcación de la Antropología. Se vio frente a ella, completamente desconcertado y pertrechado con un ‘Y qué’ radical que ponía en cuestión sus más de cuarenta años de profesión.

Aquel revulsivo catártico, provocado por un simple ‘Y qué’, dio paso los días siguientes a un barullo mental de Qués, Cómo, Para qué y Por qué, con los que empezó a interpelar su relación con la antropología académica, cuyos sucesivos ensayos de respuesta acababan una y otra vez atorados en insalvables y desesperantes ‘Y qué’.

Con el paso de los días, la agitación mental inicial fue dando paso a un estado de melancolía en el que su mente dejaba pasar, ya sin prestarle mayor atención ni aferrarse a ellas, el flujo de preguntas que su cerebro insistía en seguir generando. Y en ese estado se pasó los últimos días de junio sentado en el despacho, recorriendo los pasillos de la facultad

desierta y paseando por los jardines a la caída de la tarde. Uno de esos ratos que estaba tumbado en la arboleda, mientras escuchaba el alboroto de los pájaros preparándose para dormir, sonó en sus pensamientos una frase: “Fui a los bosques porque deseaba vivir deliberadamente...” “Thoreau”, musitó. Se incorporó, subió al despacho y buscó en la estantería hasta dar con el libro que buscaba: Walden. Lo sacó, abrió por la primera página y leyó un párrafo subrayado.

Fui a los bosques porque deseaba vivir deliberadamente; enfrentar solo los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que ella tenía que enseñar. Quise vivir profundamente y desechar todo aquello que no fuera vida, para no darme cuenta, en el momento de morir, de que no había vivido.

Abajo, un asterisco: “Ver última página”. Pasó de izquierda a derecha el grueso del volumen que tenía pinzado con los dedos y leyó:

Vengo a la Antropología porque deseo conocer al ser humano y ver si puedo aprender lo que ella tiene que enseñarme. Quiero estudiarla profundamente y desechar todo aquello que no sea Antropología, para no darme cuenta, en el momento de morir, de que no lo he conocido.

Sierra Gibralgalia. Verano de 1977

Mientras devolvía el libro a su sitio, su recuerdo se remontó cuarenta años atrás. Se vio escudriñando los mapas

que se había agenciado en el Instituto Geográfico, por ser los más precisos, a fin de buscar un lugar donde llevar a cabo su primer trabajo de campo etnográfico, tras haber rehusado integrarse en alguno de los equipos de investigación que en ese momento estaban formando sus compañeros de promoción. Acabó en el sitio más apartado que encontró en la zona elegida: una cortijada dispersa, a la que se accedía por un empinado y enrevesado carril sin asfaltar, donde no había llegado la luz eléctrica y los lugareños tenían que desplazarse varios kilómetros en mulas para acarrear el agua de los pozos. Ocupó un cortijillo vacío que una familia emigrada le dejó, situado a un centenar de metros del más próximo habitado, amueblado con un camastro, dos sillas, una mesa y poco más.

Allí cumplió con el rito iniciático de alejamiento y soledad, requerido sobre todo por él mismo, para entrar a formar parte de pleno derecho en la logia de los antropólogos. Recordaba ahora con nostalgia y condescendencia los meses que pasó en aquel lugar apartado. No era, desde luego, las Trobriand de Malinowski, ni la Polinesia de Margaret Mead, ni el Sudán de Evans-Pritchard, sino una pequeña cortijada a punto del abandono; pero fue en aquellos apartados parajes donde confirmó que había emprendido el mejor de los caminos para iniciarse en el conocimiento del ser humano. Y ahora, casi cuarenta años después de aquella experiencia iniciática, con el horizonte de la jubilación a la vista, el resultado era que se encontraba enredado una maraña de

incertidumbres, preguntándose qué expectativas tenía cuando decidió optar por la profesión de antropólogo y, al cabo de haberla profesado, sentía que no se habían cumplido plenamente.

- ¡Hola! – lo saluda la directora, asomada a la puerta del despacho. – ¿Qué, has escrito mucho?

- Pues sí, María, sí que he escrito. Un impreso.

- ¡¿Un impreso?!

- El que he cumplimentado y firmado esta mañana solicitando el adelanto de la jubilación.

- ¡Qué me dices! – repuso ella. - ¿No has escrito nada que podamos publicar? ¡Seguro que tienes materiales con mucho interés!

- Es posible. El problema es que yo no se lo veo.

- ¿Cómo no va a tener interés el conocimiento que hayas acumulado, después de haberte pasado todos estos veranos en el Sahara? ¿Cuánto tiempo más de trabajo de campo necesitas?

- Hace unas semanas, te hubiera respondido un mes, tres meses o un año... Solo que ya no es cuestión de tiempo, sino de ánimo. Y la culpa la tienen los *kel essuf*.

- ¿Los qué?

- En la mitología del desierto son espíritus de la soledad. Seres que habitan en los lugares apartados, posiblemente parientes de los demonios que asaltaban a los anacoretas del desierto de Egipto y Asia Menor, en el siglo IV. Se aparecen en

las entreluces del anochecer o el amanecer a los solitarios que se aventuran o se pierden en sus dominios. Si te encuentras con uno de ellos y no llevas los amuletos apropiados para defenderte, te hacen enmudecer y caer en un estado de melancolía y tristeza. Los Padres del desierto lo llamaban ‘acedia’. Así que lo más probable es que en algunos de los atardeceres en que me retiraba de las jaimas para contemplar el amanecer o la puesta del sol desde lo alto de una duna, algún *kel essuf* me asaltó sin yo percatarme y, en mi indefensión, me produjo el mutismo de la escritura que me ha impedido publicar y ha acabado afectando al ánimo disciplinar.

- ¡Anda que no tienes cuentos!

- ¿Cuentos? ¡Pero si en la universidad también hay *kel essuf*! La diferencia es que aquí no se te aparecen detrás de una duna, sino camuflados en un tribunal, entre las bambalinas de las llamadas de teléfono previas a la celebración de una oposición o en alguna comisión de evaluación. Sin ir más lejos, a mí se me ha presentado un *kel essuf* hace unos días bajo la apariencia de evaluador de un artículo mío. Tú piénsalo bien, y verás que se te ha aparecido más de uno a lo largo de tu carrera.

- Ja, ja, pues es verdad. Oye ¿y cómo encaja el desánimo disciplinar que te produjeron esos *kel essuf* con el cabreo con el que entraste en mi despacho, porque te habían denegado la financiación para el trabajo de campo de este verano? ¿Cómo se entienden las prisas de cada final de curso para que

te firmara el permiso para irte al desierto? ¿Qué se supone entonces que ibas a hacer allí?

- Pueess..., si te soy sincero, lo único que en este preciso instante se me ocurre es que iba a eso, a estar allí.

- Lo que dices me recuerda uno de los primeros consejos de departamento en los que participaste. Tratábamos un punto del día referido a la organización del turno de los años sabáticos. ¿Recuerdas lo que pediste?

- Hace muchos años de eso, María. Qué pedí.

- Que constara en acta que tú siempre estabas dispuesto a irte de trabajo de campo. En ese momento pensé: este jovencito es de los que hacen antropología para no estar aquí. Llegaste con mucho ímpetu vocacional. Y eso que estuviste a punto de abandonar en tu etapa de doctorado en París. ¿Te acuerdas cuando fui a pasar un puente y me llevaste a comer a un restaurante? Allí me hablaste de la posibilidad de dejar la Antropología.

- Me acuerdo perfectamente. Fue en La Coupole, comiendo una *soupe à l'oignon*. Era el último año en activo de Lévi-Strauss y daba sus últimas conferencias en el Collège de France. Asistí a ellas con el fervor de un discípulo que espera recibir las enseñanzas de su admirado maestro. Y me encontré con un ilustrísimo antropólogo empeñado en reafirmarse, sesión tras sesión, en este o aquel detalle sobre el parentesco, el totemismo o los mitos y en defenderse de las críticas que le hacía este o aquel colega. Yo no podía dejar de

ver un viejo macho alfa, tratando de mantener su posición jerárquica frente al acoso de miembros jóvenes de la manada.

- ¿Qué esperabas?

- De uno de los grandes tótems la disciplina, del antropólogo más citado del mundo al final de su colosal trayectoria dedicada al conocimiento del ser humano, del autor de *Tristes Trópicos*, esperaba una conclusión más personal, un corolario a su larga experiencia intelectual y humana que trascendiera los límites de la estricta demarcación académica. No esperaba que añadiese más conocimientos a los que ya estaban en sus libros, sino la sabiduría que, a mi entender, debía derivarse de esos conocimientos.

- Seguramente, él entendía que su obligación era continuar generando conocimientos dentro de su disciplina.

- Seguro que sí. Pero esa manera de entender el conocimiento implica la idea evolutiva de que llegará un día en que la humanidad alcanzará la respuesta final a las preguntas existenciales. En fin, otra mitología más que rige en el mundo de la ciencia, yo diría que inspirada en el bíblico Juicio Final, que me resulta difícil creer, si tenemos en cuenta que cada generación necesita nuevas respuestas a las nuevas preguntas que se hace desde realidades distintas, y para las que poco o nada sirven las de sus predecesores sin haberlas adaptado a imagen y conveniencia. Me decepcionó que Lévi-Strauss culminara su carrera creyendo en esa forma de entender su contribución al conocimiento del ser humano

estando en su último año en activo, a falta ya de unos cuantos telediarios para que sus importantísimas contribuciones pasaran en las bibliotecas de la sección de teoría antropológica a la de historia de la teoría antropológica, de ahí a los de historia de la antropología, de ahí a los de historia de las ciencias sociales y, antes o después, a los sótanos de las bibliotecas, metidas en cajas etiquetadas como prehistoria de las ciencias sociales. ¡Y hala, a tomar por culo el estructuralismo! ¿Dónde estaba?

- En La Coupole, comiendo conmigo sopa de cebolla.

- Ah, sí. A partir de aquellas conferencias empecé a preguntarme hasta qué punto era ese algo más, ese colofón de sabiduría que yo esperaba escuchar de él, lo que me había llevado a estudiar Antropología.

- No debía ser tan importante para ti ese algo más, dado que no abandonaste.

- No, no abandoné; pero ahora veo que sí lo era y que se me extravió en algún recodo del camino, ofuscado por los retos que se me iban poniendo por delante: estudiar, investigar, escribir, publicar, enseñar. Esos retos me han servido para adquirir unos conocimientos, cumplir con un oficio, disponer de una identidad profesional; pero también han podido jugar como ilusos trampantojos que me despistaron de un propósito inicial que ahora veo que sigue ahí y no se ha cumplido.

- ¿Te arrepientes de haber hecho esta carrera?

- No me imagino habiendo hecho ninguna otra, María. Pero ahora que he empezado a mirar hacia atrás, a todos los años de dedicación, a los esfuerzos realizados y los conocimientos adquiridos, me he dicho: De acuerdo, la Antropología me ha enseñado que hay una gran diversidad de maneras de hacerse, sentirse y pensarse humano, distintas formas de clasificar, disparidad de creencias, multiplicidad de rituales y de mitologías. La Antropología me ha enseñado, como ninguna otra ciencia, a interpretar los signos y los símbolos del ser humano. Pero eso, con haber sido muy valioso para mí y seguramente necesario, ya no es suficiente.

- La Antropología da para lo que da, que es lo que se corresponde con una parcela de conocimientos sobre la naturaleza sociocultural del ser humano.

- Seguramente, a mí me ha faltado esa mirada pragmática para no esperar de ella más de lo que pretende o puede llegar a dar. Siento que me ha pasado lo que enseña la parábola india del ciego y el elefante: que por mucho que tantee una sola pata no logrará identificar al animal entero. Y, aun así, dudo de que la percepción táctil ni la visual del elefante completo, incluso la comprensión intelectual, a partir de la cartesiana suma de sus partes anatómicas, dé cuenta de la complejidad que encierra un elefante, y que hay que ir más allá de convencionales saberes confinados en efímeras ontologías para comprenderlo en su verdadera dimensión. Como afirmaba el anarquista del conocimiento, Paul

Feyerabend, no hay modo de atender a esa complejidad sin desobedecer los códigos establecidos.

- Si los desobedecemos, nos quedamos sin herramientas para el conocimiento.

- Yo creo que para un modo de conocimiento. La cuestión es si esas mismas herramientas me sirven para cumplir con lo que ahora, para mí, debe ser el propósito primordial y último del conocimiento del ser humano: encontrarle un sentido. O dárselo. Si es que lo tiene.

- Para eso también está la Filosofía. Hay un pensamiento de Merleau Ponty que me influyó en que reorientara mis estudios de Filosofía y Letras hacia la Antropología. Decía que, si filosofar es descubrir el sentido primero del ser, no se filosofa abandonando la situación humana, sino que hay que sumergirse en ella.

- Muy bien, eso mismo es lo que yo he hecho durante cuatro décadas de mi vida: sumergirme en el estudio de la situación humana. Pero también se le puede dar la vuelta a ese pensamiento y concluir que, si hacer antropología es conocer la situación humana, habrá que filosofar para comprender el sentido último de esa situación, si no queremos quedarnos sacando conclusiones parciales, y a saber si erróneas en su dimensión holística y trascendente, toqueteando una sola pata del elefante.

- Puesto que la mente humana es reductiva, no nos queda más remedio que intentar superar ese problema desde las distintas parcelas de conocimiento académico. Y la tuya,

lo quieras o no, es la Antropología. Sin ella, te quedas sin nada. Así que piénsate bien lo de jubilarte. Tienes tres meses para reflexionar y reconsiderar tu decisión.

Aunque su plan para el resto del verano era seguir yendo cada día a la facultad para ir organizando el desalojo del despacho, la idea de pasarse el día encerrado allí le producía cierto agobio. Después de todo, pensó que un par de semanas a finales de septiembre serían suficientes para hacer el traslado de sus cosas. Así que decidió quedarse en casa, iniciando una rutina con la que fue llenando los largos días del verano, leyendo por la mañana en su estudio, saliendo a comer a la terraza de un bar situado al otro lado del parque que tenía a dos manzanas. De regreso de la comida, se echaba sobre el césped a sestar bajo un árbol, leía sentado en un banco y paseaba hasta el atardecer. Después de cenar, se tumbaba en la hamaca de la terraza y ahí se quedaba, tratando de llenar la añoranza del desierto con la evocadora música de Anouar Brahem, un intérprete de *oud*, el laúd árabe, que lo dejó subyugado la primera vez que lo escuchó en un concierto que el músico tunecino dio en el patio de una medersa de la ciudad de Fez.

Una de aquellas tardes que regresaba del parque, entró en la librería de la esquina de su calle y se puso a esculcar en las estanterías. Se detuvo en un título: *La Filosofía Perenne*, de Aldous Huxley, un tratado sobre lo que de común hay en los sistemas de creencias del mundo. “Tendrás que filosofar

si quieres comprender el sentido de la situación humana”, se dijo, recordando su réplica a la cita de Merleau Ponty que le mentó la directora del departamento. Se puso a leer el libro nada más acomodarse en el sillón del estudio y después de cenar tumbado en la hamaca de la terraza, hasta terminarlo esa misma noche. Antes de cerrarlo, hizo un rápido repaso de las páginas hasta encontrar el párrafo subrayado que buscaba:

Debemos aprender a manejar con eficacia las palabras, pero al mismo tiempo, debemos preservar y, en caso necesario, intensificar, nuestra capacidad para mirar el mundo directamente y no a través del medio semiopaco de los conceptos, que deforma cualquier hecho determinado dándole el aspecto demasiado conocido de algún marbete genérico o alguna abstracción explicativa.

Aquel pequeño tratado sobre Sabiduría Perenne lo puso en los días siguientes en el camino de lecturas de y sobre budismo, zen, taoísmo, hinduismo, mística cristiana, cábala judía, sufismo islámico, mística salvaje, que lo tuvieron imbuido mañanas, tardes y noches, hasta las madrugadas. Había algo en ese nuevo camino abierto que le atraía poderosamente. Aunque de manera difusa, encontraba en aquellas lecturas respuestas a las preguntas que un día lo llevaron a profesar la Antropología y esta no le había respondido.

Una noche de septiembre, con la fecha de los exámenes a pocos días vista, acababa de regresar de su vespertina

estancia en el parque. Se había llevado el libro que en ese momento estaba leyendo: Tratado de la Unidad, del místico sufi andalusí Ibn Arabi. En él, abordaba el problema del Absoluto y la no dualidad, uno de los temas presentes en las grandes tradiciones religiosas, aunque con denominaciones distintas: Infinito, Brahma, Uno, Tao, Vacío, Nada, Dios, Alá, Yahveh, Absoluto...

Caían las últimas luces del día cuando terminó de leer el libro. Lo depositó en la mesita auxiliar, junto a la hamaca, y se quedó absorto en los pensamientos de Arabí. De alguna manera, venían a cuestionar la dualidad entre el sujeto de conocimiento antropológico y su otro disciplinar, y por implicación, la relación que él había tenido con sus 'otros' en sus trabajos de campo.

Pasado un rato, se levantó, entró en el apartamento y volvió a salir con los auriculares y el teléfono móvil. Se sentó en la hamaca, con los pies apoyados en el suelo, abrió la aplicación de música y, al aliento sugerente del místico sufi, buscó el archivo de música árabe. Seleccionó un álbum de Anouar Brahem. Con los primeros acordes del *oud*, distraídamente su memoria empezó a buscar el nombre de la pieza mientras se inclinaba para tumbarse. Y en el preciso instante en que el título resonó en su cabeza, 'Luz de silencio', su mirada se topó con el título del libro de Ibn Arabí: 'Tratado de la Unidad'. Se tumbó y se quedó ensimismado, con los dos títulos, Luz de silencio y Tratado de la unidad, danzando en su imaginación, durante un buen rato cada uno por su lado

al compás del *oud*, acercándose sin llegar a tocarse y separándose sin distanciarse, mutuamente atrayéndose, hasta que acabaron por unirse, para ya seguir danzando juntos una reveladora coreografía.

Sonrió. Se tumbó, dio un pequeño impulso con el pie en el suelo y empezó a mecerse, complacido porque había intuido la razón de la progresiva pérdida de interés en la etnografía de la palabra y su creciente atracción por la etnografía del silencio. Ahora sabía qué iba a buscar en los trabajos de campo. Disciplinadamente, se iba para procurar el acallamiento del Yo que propician la alteridad y la distancia y así escuchar mejor la voz del Otro; mas también, y cada vez más, buscaba los interludios de silencio que se producían cuando el Otro también callaba. En esos momentos de soledad, sentado a la puerta del cortijillo en la Sierra Gibralgálía, caminando por los senderos de los bosques del Rif o tumbado sobre una duna del desierto, en medio del sobrecogedor silencio que se produce cuando los signos callan y enmudecen los símbolos, presentía el inefable misterio que en esos momentos disolvía la antropológica dualidad del sujeto y el objeto. Ya no había alteridad ni otredad, sino mismidad, no había un 'yo' cognoscente frente a un 'ellos' por conocer, sino un 'nosotros' que emergía y se extinguía en la Unidad del Todo; como emergen y se extinguen las dunas en la sobrecogedora inmensidad del desierto.

-Creía que te habías traído esa maleta para empezar a llevarte tus libros y dices que los vas a dejar aquí. Que mañana sea uno de octubre y ya estés jubilado no supone que vayas a dejar de ser antropólogo.

- María, he dedicado la mayor parte de mi vida profesional a hacer etnografía de las palabras; ahora quiero hacer etnografía de los silencios. Gastón Bachelard escribió que para oír como es debido el silencio, pudiera ser que nuestra alma necesite que algo se calle. Yo he llegado a la paradójica necesidad de hacer que la Antropología calle para tratar de acceder a una dimensión del ser humano que trasciende su condición sociocultural. A partir de mañana, de poco o tal vez de nada me servirá ya preguntarme en modo aristotélico ¿Qué soy yo?, en tanto que congénere sociocultural, para responder a la otra interrogante con la que hace más de cuarenta años también llegué a la Antropología y, con todo lo aprendido, esta no me ha respondido: ¿Quién soy yo?

-No veo la necesidad de hacer callar a la Antropología para esa tarea.

- Déjame que te cuente un cuento zen que leí el otro día. Se trata de un ilustre guerrero que acude a la casa de un maestro. Se presenta y, tras informarle de todos los títulos que ha obtenido en años de estudios, le dice que ha venido a verlo para que le enseñe los secretos del budismo zen. El maestro lo invita amablemente a sentarse y le ofrece una taza de té. Coge la jarra y empieza a verter el té en la taza del

guerrero. Cuando ya está llena, continúa vertiendo y comienza a derramarse por la mesa. El guerrero se lo advierte y el maestro le responde: -Exactamente, señor, usted viene con la taza llena. ¿Cómo podría aprender algo nuevo? A menos que su taza esté vacía, no podrá empezar a aprender nada.

- Según ese maestro, lo que hacemos los antropólogos no solo no contribuye al conocimiento del ser humano, sino que lo entorpece.

- Según el zen, y en esto coinciden las distintas epistemologías que contempla la Sabiduría Perenne, para conocer las cosas como en realidad son hay que vaciarse primero y desprenderse de las convenciones de la razón, del lenguaje y la especulación intelectual. Continuar insistiendo en la razón antropológica habría supuesto para mí seguir desbordando la taza los años que me quedaban de vida académica.

- ¿No crees que silenciar a la Antropología, si es que eso es ya posible, supone renunciar a todo lo que has logrado para seguir profundizando en el ser humano?

- A esa pregunta Michel Picard respondería que el silencio escruta al hombre; David le Breton, que el hombre se hace presente con la palabra, pero también con su silencio; los tuaregs dicen que el pueblo se edifica con la palabra, pero el mundo se construye con el silencio. He dedicado casi cuarenta años de mi vida a edificar el pueblo con las palabras.

A partir de mañana, me dedicaré a edificar el mundo con el silencio.

Tras despedirse de la directora en la puerta del despacho, abre el archivo, saca la carpeta con todos sus títulos y acreditaciones oficiales y la coloca en el fondo de la maleta. Luego, va colocando ordenadamente los diarios, los cuadernos de campo, las casetes y los pendrives con las entrevistas grabadas. Cierra la maleta y la arrastra hasta la puerta. Antes de salir, con la punta de los dedos roza los lomos de los libros que deja atrás, en señal de reconocimiento y de despedida.

A la salida de la facultad se acerca al punto limpio. Abre la maleta y en el contenedor destinado al reciclaje de material informático arroja las casetes y los pendrives. Seguidamente, saca los cuadernos de campo y los diarios y los arroja al contenedor de papel. Finalmente, abre la carpeta con los títulos académicos y, uno tras otro, se va deshaciendo de ellos. Echa una última mirada al edificio y, tirando de la maleta vaciada, sigue su camino.